

# CARLOS ESPLA

III<sup>o</sup> aniversario Marcelino Domingo, año 2 marzo 1946

L. R. 15 marzo - 46

Cuando, desde nuestra existencia implacable, oscura y silenciosa, nos acercamos espiritualmente a una nueva jornada, con una cambiable base de firmes hombres en las mentes y una apertada y serbia emoción en el alma, no nos acercamos a la muerte, infanta aguijón sin esperanzas, sino a nuestra propia vida, a nuestros recuerdos más consolados y entrelazados. En el culto a los muertos hay un sentido de recuperación, que no se proyecta hacia el porvenir. Resucitamos entonces nuestro pasado. Los hombres no viven en lo que sería, sino en lo que fueron. Y ante la tumba quege sentimos el vital entusiasmo del futuro. De la tierra fecundada surge, entre los brazos de la evocación, lazo maravilloso que ilumina imágenes poéticas. Hemos apostado el dulce rubor de la vida, y el recuerdo se hace realidad. El momento se sublima. Vivimos con nuestros muertos en la verdad de sus vidas, en la eternidad de sus palabras y de sus acciones, ya insubstanciales e imperceptibles en nuestro propio ser. El poético siglo el decernido espejo de la muerte. ¿Cómo puede morir, en la vida ser de nuestro espíritu, lo que fue su esencia misma? Y así el lazo perdurable en nuestros lazos del alma, del momento...

Marcelino Domingo fue nuestro amigo y nuestro espejo. Sin él, muchos de nosotros no seríamos como somos. Su amistad y su magisterio se perpetúan

en el culto silencioso de nuestros nichos de meditación y de oración. Homajes y voces cantadas a voces en la conmemoración elevadas como atampas fugaces y momentáneas. Otros hombres forman nuestros recuerdos incalculables. Sin ellos sentiríamos un gran vacío en nuestro espíritu, porque ellos ayudaron a formarlo.

No es el acertar a expresar esa emoción de su momento. ¿Qué tenemos con todos sus ideales y sueños —báls de hueso? Marcelino Domingo va unido a nuestra lucha, a nuestra ansia de libertad, a nuestra inquietud de ciudadanía, a nuestro ideal. Recordar lo sin embargo, como eterno momento político será, acaso, tanto como sentir la dimensión humana de su vida y de su obra, estudiar el arco de su acción y la peribola de su ejemplo. No le podríamos escapar de esa conciencia dinámica a nuestra sociedad política el sentido de hermandad, de gran familia española que él abrió a darlo. En honor Marcelino Domingo aparece en su pura condición de guía, de educador. El es un momento de la conciencia de España.

Marcelino Domingo surge en la vida pública de nuestra patria cuando muchos de estos momentos acaban ya del presente juventud fervorosa el drama español. Ante nuestra vista se extienden los graves fatigados de la restauración encorvados de pronto por las hazañas revolucionarias de 1909. En nuestra adolescencia sentimos renacerse la tierra bajo nuestros pies. Bajo la quietud oficial, empiezo a reconocerse un pueblo. Tenemos una visión dolerosa de la historia reciente. Sangra aún la vergüenza del 98, y surcan los chagunas milis no en los embargos de soldados por Africa. Aquel momento forma ya parte

inmensa y tempestad que estalló en 1936. Y se inicia entonces el símbolo que con la tragedia española de nuestros días el combate civil de Marcelino Domingo. Todo es aún confuso y serbio. En Europa se extiende la primera guerra mundial, que España contempla desde su neutralidad impasible. Hay un año, desde una misma tribuna, escuchando el mismo momento, Alvaro de Albornoz traza un cuadro magistral de lo que era en aquel triste período el espíritu de la política nacional. En un sueño de España, junto al Mediterráneo, unas pléneas insistentes entonces nuestra lucha republicana. Nuestra tribuna periodística es "El Luchador", diario de insubstanciales momentos. Nos sentimos desamparados de los progresistas republicanos de Madrid, pero nos alienta un fervor sin descanso. 500 Castellanos nos tiende su mano generosa. De pronto, surge con fulgor el símbolo de España una vez republicana. Marcelino Domingo ha pronunciado su primer discurso en el Congreso. Es en 1915. ¿Alentados vos de un joven nuestro republicano? Republicano cuando no había República —o profetas justos! — Republicano cuando el amor y el servicio a la República cantadas sólo a la catedral, al sacrificio, a la persecución. ¿Ser republicano entonces y formar con los compañeros de ideal una grande y hermosa fraternidad? ¿Aliento y esperanza en nuestra juventud insubstanciales de libertad!

Revisado aquel primer discurso parlamentario de Marcelino Domingo. Recordar también el artículo que escribió Casaverde señalando al joven exador de la República. Era costumbre que el diputado republicano más joven presentara el discurso oportuno a la Simbólica del juramento parlamentario, acatamiento al ideal del régimen. Ese discurso fue el que pronunció Marcelino Domingo. Desde aquel momento encontramos aquellas jóvenes republicanas de Alicante en su guía, un momento en nuestra lucha. Le escribimos, nos pedimos en relación con él, buscamos sus artículos. Desde aquel momento representó Marcelino Domingo para nosotros la fe en la República. Quiénes han intervenido en la política republicana en estos momentos, cuando la República era generosa con los recién venidos, no pueden imaginarse qué riqueza de fe, de entusiasmo, y de idealismo fue la de aquellos años de lucha difícil. El republicano sincero en un ejemplo de limpieza, de hermandad, de abnegación, impregnado por el saber y la rectitud moral del doctor Blaz, muestra figura de ciudadano, de El Encarnado, de servidor del pueblo. En Hell para, cambiar una profunda comunión entre aquel núcleo republicano, de propósitos sanos, de vocación ardiente, y Marcelino Domingo, no quien vimos no sólo al escritor vibrante y al gran orador que podía su pluma y su palabra el sentido de una causa para nosotros sagrada, sino también al hombre bueno, sencillo, que continuaba la gran tradición republicana de caridad y bondad del Sabado y de Pi y Margá! Desde aquel momento, fue Alicante para Marcelino Domingo como un hogar soyo. Allí llevaba su apostolado político y allí buscaba descanso a su

cuando se encontraba cansado o enfermo. Por ello el recuerdo que va guiado de Marcelino Domingo aparece siempre inundado de los mediterráneos, alcañones. Hay una transparencia en el ambiente como en su vida, esa luminosidad en el aire azul como en su serbo insubstanciales, pero presente sólo en la conciencia del recuerdo. Y no es sólo simplemente una evocación momentánea de aquel tiempo de guerra y de mar contenido en así devotos de hijo, sino la explicación de un culto que funda hombre y paisaje, luz y poetas...

A través de los años, la imagen de Marcelino Domingo siguió modificándose con nuestros más hondos y patrios ansiosos inquietados de espaldas acostumbrados por el ansia de libertad. Todas entonces la vida limpia de Marcelino Domingo, se dejó y hacer insubstanciales. En la historia contemporánea de nuestra patria quedan grabados los episodios más salientes de su existencia: la fundación de La Lucha de Barcelona, su artículo: "¡Solidarios, solidarios!", su gesto revolucionario de 1917, sus alianzas conserteras, su obra de escritor y de propagandista, las persecuciones de que fue víctima, su rigorosa dimensión contra el robo y la usura de Salamanca, su campaña enrigiendo la responsabilidad del régimen monárquico —en la que se sacó un nombre también querido para mí, el de Indalecio Prieto—, sus luchas contra la Ley de Indalecio, la fundación del gran partido radical-socialista, y ya implantado la República, su obra de gobierno, en la que destaca como una gloria del régimen, la creación de parcelas. Los decretos sobre la noche buena de España con el gesto ferviente del sembrador. Jamás se había hecho una revolución tan honda en nuestra patria, ni se había trazado en sus pléneas tantas las cargadas de mañana, ni había herido agua tan pura de la rosa blanca...

En los pléneas grises se levantaron sus cultos blancos. A las albas apenas se comienza con el mundo llegó el momento. Los momentos grises recubren tu. ¿Cuáles pasaron en los años breves y claros? ¿Qué chispa de futuro en los ojos de aquel niño que va descubriendo el misterio de las cosas? ¿Qué algaría de amoroso trabajador crearon en el parto heróico español? ¿Escuelas de España, escuelas del pueblo, escuelas de la República, escuelas de Marcelino Domingo! Muchos de aquellos escuelas han sido hoy postales. En algunos lugares, los grupos escolares de Marcelino Domingo han sido convertidos en escuelas por la guardia civil, o reducidos, a débiles reliquias, a sirvas de cárcel para nuestros hermanos de ideales. ¿Alcaldes, conventos privados? He ahí la tragedia especial que se opone a la imagen republicana de los escuelas. Colómba así el símbolo de la tragedia española. A. Indalecio en los combates civiles de Marcelino Domingo. Se repite el símbolo de 1936 en la obra del nuestro como una vida y la fe en la lucha sin trampa por la dimensión civil de los españoles, por el respeto a las creencias, por la libertad. Ese es el fruto del momento de los esfuerzos subterráneos, de las bendiciones de los

A.P.C.E.  
SIG.:  
4.2 F/1165

obispos que reciben a Franco bajo palio en el templo, de la furia criminal de los carceleros de España. ¡Cárcel, convento, prisión! Los militantes traidores, con matonismo de ladrones - defensores de provechos y privilegios de casta sobre el pueblo hambreado— convierten las escuelas en cuarteles. Y tras los miserables con estrellas o en torchados, los miserables con mitra o solideo —ignominia de la Iglesia— convierten las escuelas en conventos. Y finalmente, el enorme presidio español representado por la escuela convertida en cárcel. ¡España negra de sombras y roja de sangre, frente a la España luminosa, blanca y alegre de las escuelas! Brillan en las tinieblas españolas los arcos militares y los cascots y las espuelas y las bandas y los sables y las cruces y estrellas de las condecoraciones, y

brillan también los pectorales y los anillos de amatista y las púrpuras y los báculos y las joyas insultantes del culto profanado. Bendice el Papa, en su infinita abyección, al crimen y a los criminales. Bebe la tierra sedienta la sangre de los mártires.—¡Sólo nosotros sabemos que esa sangre y esas tierras forman el barro prodigioso del futuro!—. Y sobre la estampa siniestra surge la humana figura evangélica, cristiana, civil radiante de humildad; de santidad, de bondad, de Marcelino Domingo, creador de escuelas.

¿Dónde se ha refugiado, pues, la verdad de Dios y de los hombres; ¿Dónde las enseñanzas sagradas del bien y de la piedad?... Apartemos con horror la vista de la satánica estampa castrense, clerical y carcelaria, y oigamos la voz silenciosa de Marcelino Domingo que nos dicta su designio de convertir mañana en escuelas los cuarteles, los conventos y las cárceles. ¡Borremos para siempre el tremendo símbolo, el ultraje de 1917 en la España escarnecida, ahorrrojada, martirizada de nuestro dolor actual!

Y así vive en nosotros el recuerdo de Marcelino Domingo y la lección de su vida. Vida ejemplar, en su lucha civil

y liberal, fué la de Marcelino Domingo; vida de acción y de trabajos, de apostolado y de estudio, de enseñanzas y de combates, en la pobre sencillez de aquella pensión de la plaza de Bilbao, donde el cuarto de nuestro amigo ofrecía sólo la riqueza de los libros, sus compañeros inseparables. ¿En qué hogueras de barbarie y fanatismo han ardiado ahora sus libros? ¿Y en qué fraguas de odio y de intolerancia se pretendió también convertir en escoria su vida honrada y su obra nobilísima? El hombre bueno hasta la santidad sufrió la difamación de los malvados. No le perdonó la infamia, la ruindad de los adversarios, que lo acusaron con viles

injurias hasta la muerte en el destierro. Destierro y muerte. Mas ¿creen, acaso, que han triunfado?

Murió Marcelino Domingo. Murió cuando su espíritu de servicio y su impulso abnegado le llevaban a cumplir una misión generosa en los campos de concentración donde encontraba, aquellos sombríos días, doloroso epílogo la lucha española por la libertad. A ella había consagrado Marcelino Domingo su vida entera, hasta el día mismo de su muerte, y su sencillez y su saber y su bondad encontraron premio en su pobreza. Su ejemplo resplandece en los recuerdos que traen hoy ante nosotros el desfile del pasado que es nuestra vida. Su obra llenó nuestro espíritu, su palabra alentó nuestra esperanza, su conducta afirmó nuestra voluntad, su ejemplo iluminó nuestro camino. Si olvidásemos su vida, variaríamos la nuestra, la despojaríamos de sus valores más delicados y puros. Por eso su evocación, inclinados ahora ante su tumba lejana, con una brazada de flores simbólicas en las manos, nos hace renacer a su misma lucha, a su patético mandato para continuar una obra que la muerte no puede destruir porque derramó entre nosotros las enseñanzas del maestro y las semillas del sembrador. En las luchas de hoy, Marcelino Domingo, ¡Acompáñanos! (Gran ovación.)